

PLIEGO



Vida Nueva
2.983. 9-15
ABRIL DE 2016

Madeleine Delbrêl Testigo del Evangelio en tiempos de incertidumbre

TÍSCAR ESPIGARES

Comunidad de Sant'Egidio. Fotos: Amis de Madeleine Delbrêl

Con motivo de la próxima publicación del libro *El bello escándalo de la caridad. La misericordia según Madeleine Delbrêl* (Narcea) y de la visita a España (18-20 de abril) del presidente y la vicepresidenta de la Asociación de Amigos de Madeleine Delbrêl de Francia, desgranamos la actualidad de la vida y obra de esta protagonista de la Iglesia de mediados del siglo XX en el contexto presente. La figura de Madeleine Delbrêl, aún poco conocida en España, es testigo de un Evangelio a pie de calle y “en la periferia”, y ha ido suscitando creciente interés en la Iglesia de Europa. No en vano, diversos episcopados del continente han pedido al papa Francisco que se acelere su causa de beatificación.

MADELEINE, AYER Y HOY

Madeleine Delbrêl es uno de esos personajes que no deja indiferente a nadie, conocerla provoca interrogantes, cuestiona la autenticidad de nuestra vida cristiana. Su vida transcurre en Francia, entre los años 1904 y 1964, durante uno de los períodos más convulsos del siglo XX; es testigo de dos guerras mundiales y conoce el auge del comunismo, que se abría camino en medio de una clase obrera sumida en condiciones miserables. Su muerte tiene lugar mientras en Roma se desarrollaba la tercera sesión del Concilio Vaticano II, cuyo espíritu –aunque no llegase a verlo concluido– conocía bien y, de hecho, ya había vivido en el contexto de la Iglesia francesa tan dinámica y vanguardista de aquellos años.

Nacida en el seno de una familia católica convencional, desde joven abraza el ateísmo cuando su familia se traslada a París y entra en contacto con el mundo intelectual, donde un tema recurrente de debate era la negación de Dios. A sus 15 años se definía “estrictamente atea” y a los 17 redactó un texto titulado significativamente “Dios ha muerto, viva la muerte”. Su conversión es el fruto de una búsqueda “provocada” por el testimonio de grandes amigos cristianos que le hicieron “dudar” de la inexistencia categórica de Dios: “Si quería ser sincera, puesto que Dios ya no era rigurosamente imposible, no debía ser tratado como algo

seguramente inexistente. Escogí lo que me parecía que podía expresar mejor mi cambio de perspectiva: decidí rezar”¹. Pocas semanas antes de su muerte, compartiendo con un grupo de estudiantes su itinerario espiritual, confesó, refiriéndose a su conversión ocurrida en marzo de 1924: “Fui y sigo estando deslumbrada por Dios”¹. Desde entonces, el timón que dirigió por completo el rumbo de la vida de Madeleine fue este deslumbramiento. En palabras suyas: “Tener una fe viva es ser cegado por ella para ser guiado por ella”². Es decir, la fe es para ella una luz tan fuerte que conduce “a ciegas”, que requiere una obediencia confiada, un dejarse llevar por Dios que Madeleine compara con un baile en manos de la Providencia: “Para ser buen bailarín, contigo como con cualquier otro, no es preciso saber a dónde nos lleva el baile. Solo seguir, ser alegre, ser ligero...”³.

Como el lector ya habrá notado, Dios concedió a Madeleine no solo el don de la fe, sino también

**La intuición de
Madeleine es que
hay que acercarse a
la gente para acercarse
a Dios a la gente**

el de la poesía. Si para el poeta y místico italiano Divo Barsotti, “la poesía expresa la gratuidad de la vida, que todo es milagro”⁴, podemos afirmar que Madeleine consigue transmitir con su pluma ese estupor ante la grandeza de Dios que otros solo conseguimos sentir en el alma pero difícilmente podríamos expresar con palabras.

Las décadas que nos separan de la época de Madeleine han sido como una travesía entre dos mundos bien distintos: desde el mundo de lo colectivo y de las ideologías de entonces al mundo individualista y mercantilizado de hoy. Madeleine conoció de primera mano la miseria de la clase obrera de la periferia de París en tiempos de crisis económica por la Gran Depresión y la posguerra, la miseria de un proletariado que sentía más cerca de sus problemas al partido comunista que a la Iglesia. Se podría decir que ese proletariado de entonces se ha convertido en el “precariado”⁵ de hoy: cuántas vidas precarias sin expectativas, sin oportunidades, masas de indignados que han perdido la confianza en las instituciones, en la política y en muchos casos también en la Iglesia. Situaciones no tan diferentes como en apariencia podría parecer...

Como trabajadora social en Ivry, en la periferia de París, Madeleine trabajó codo con codo con los comunistas, a quienes ella consideraba “nuestro prójimo”, y con suma lucidez afirmaba que “el comunismo en sí no es actual” pero que “un peligro mayor se acerca a la Iglesia sin hacer ruido. El peligro de un tiempo, de un mundo, en el que Dios ya no será negado, ni expulsado ni excluido, sino que será inconcebible”¹. Este presagio parece haberse confirmado: si en la sociedad ideologizada de Madeleine Dios era algo imposible, en nuestro tiempo consumista, donde casi todo es descartable y reemplazable, Dios resulta para muchos algo prescindible. En el fondo, ¿no nos hemos acostumbrado todos un poco a “prescindir” de Dios en nuestra vida?

Hoy son tiempos de incertidumbre para todos, y para muchos son, además, tiempos de desesperanza. Es muy triste encontrar a muchos jóvenes, ricos de años ante sí, y a la vez carentes de esperanza. Este año un alumno mío ha escrito como



Madeleine charla con una niña que juega en plena calle

comentario en su ficha personal: “Hay que buscar un lugar mejor entre tanta desidia y desesperanza”. En 1938 Madeleine escribió: “Cuando lo que provoca piedad encuentra la piedad, entonces hay espacio para la esperanza. Nuestro tiempo se presenta a veces como un tiempo sin esperanza, porque es un tiempo sin piedad”⁶. ¿No será que nuestro tiempo actual carece de esperanza porque carece de piedad? Más de 70 años separan las palabras de Madeleine de las de este joven universitario, pero todavía hoy el testimonio de esta mujer es válido para ayudarnos a encontrar ese “lugar mejor”.

Estas páginas no pretenden ser una biografía de Madeleine Delbrêl; lo que quieren es poner de relieve algunos de los pilares fundamentales de su vida cristiana, porque Madeleine no ofrece fórmulas ni recetas para aplicar, que, por otra parte, serían caducas, puesto que la fe se vive “en cada *aquí* de la tierra y en cada *ahora* del tiempo”⁷. Lo que ella sí nos ofrece es un modo luminoso, atractivo y esperanzador de SER cristianos en el mundo.

LA ELECCIÓN DE LA PERIFERIA

En 1933, Madeleine y dos compañeras más se trasladan a vivir a Ivry, un suburbio de París considerado la capital del comunismo francés. La decisión de partir para Ivry se fragua en el seno de un pequeño equipo de jóvenes que surge a partir de un grupo scout que frecuentaba Madeleine: desean “vivir una vida

evangélica más radical y en común”¹. Inspiradas en la experiencia de Carlos de Foucauld, presencia cristiana entregada, enterrada y derramada hacía pocos años en el desierto de Argelia, como el grano de trigo, Madeleine y sus primeras compañeras toman la decisión de establecerse en el “desierto” de miseria humana de Ivry: “Sí. Nosotros tenemos nuestro desierto al que nos conduce el amor. El mismo espíritu que guía a los misioneros de hábitos blancos a sus desiertos nos conduce a veces, temblorosos, a las escaleras sobrecargadas, al metro, a las calles atardecidas... Y orar, orar como se reza en medio de otros desiertos; orar por todas estas gentes, tan cerca de nosotros, tan cerca de Dios. Desierto de masas, desierto del amor”².

El grupo acabará llamándose *La Charité de Jésus*. La intuición de Madeleine es que hay que acercarse a la gente para acercar a Dios a la gente: “Lo esencial de esta vida, la noción de ser y la alegría es estar en el mundo, esconderse en medio de este mundo. Ser una parcela de humanidad, entregada, ofrecida y desinstalada. Ser islotes de residencia divina. Hacer un lugar para Dios. Creer de parte del mundo, esperar para el mundo y amar para el mundo”⁸.

La “escuela de Ivry” le dará a Madeleine la posibilidad de conocer a fondo el mundo doloroso y secularizado de la periferia parisina. Allí trabajará como responsable de los servicios sociales del ayuntamiento hasta 1945.

Madeleine contempla la realidad de la vida en ese barrio obrero con una mirada cargada de una sensibilidad mucho más refinada que la de una mera trabajadora social: “Las casas de ciudad son casas urbanas, no casas humanas. Las casas de ciudad les suspenden [a los hombres] entre el cielo y la tierra en cuchitriles superpuestos, combinados en esas gigantescas estanterías humanas que son los bloques de vecinos. (...) La ciudad es concentración humana, es la ley de la vida uniforme. La ciudad es el lugar del ruido, y en estos vecindarios las discusiones o las fiestas están obligatoriamente compartidas por todos los vecinos. Nunca se está solo, excepto de esa asfixiante soledad que deriva del egoísmo circundante”⁶. Estas palabras bien valdrían para describir también la soledad de la ciudad moderna, una condición cada vez más frecuente si tenemos en cuenta que desde mediados de 2009 más de la mitad de la población mundial es urbana, y la tendencia no hace sino aumentar⁹.

Su visión de la profesión de trabajadora social estaba fuertemente impregnada por un sentido familiar, femenino, como de una madre que se hace cargo de todos los que viven en la ‘ciudad-casa’: “Ante esta soledad de las ciudades, la Residencia, los servicios permanentes, ofrecen la realidad de una casa en la que hay alguien que acoge”⁶.

En *Ville marxiste, terre de mission* escribe: “Hay un sufrimiento obrero que tiene en todas partes el mismo nombre... es una violencia padecida, una servidumbre, una pobreza, el peso de un desprecio. Reducir su desgracia a crímenes de orden económico es desconocerla. Limitarla en el tiempo es minimizarla; considerarla un mal curable reserva crueles desilusiones. Estimarla fatal

Ivry le dará la posibilidad de conocer el mundo doloroso y secularizado de la periferia parisina

MADELEINE DELBRËL

es creer fatal un orden que no lo es”². ¿Acaso no son palabras perfectamente aplicables al *preariado* de hoy?

Este sufrimiento no deja indiferente a Madeleine, la provoca; ella nunca aceptará hacer del pobre, o del obrero, una “categoría”, sino que siempre buscará al hombre, el rostro, la historia que hay dentro de cada uno: “Un grito nuevo. ‘¿Quién grita?’. Responden: la ‘clase obrera’, el ‘proletariado’, la ‘masa’. Nosotros buscamos al hombre que grita. Nos señalan una idea general. Las ideas no gritan. El grito de la muerte y el grito del amor no cesarán jamás. Pero sabemos también que hay gritos que se pueden curar, gritos de los cuales son responsables nuestros actos o nuestras pasividades. Alguien grita en la noche: ¿podemos dormir?”³.

En medio del conglomerado humano de Ivry, Madeleine resalta el valor de cada uno; para ella la periferia no es un lugar marginal: “Las vidas son quizá banales, pero cada uno es único. Es un pensamiento que me persigue en las horas punta del metro, en medio de la muchedumbre anónima y muda. Dramas, espantos, amores, duelos, maravillas, corrupción. La verdadera historia está aquí”².

Sí, las periferias no son las “cunetas” de la historia; al contrario, desde las periferias es desde donde se comprende mejor la realidad. Como decía **Dietrich Bonhoeffer**, pastor protestante contemporáneo de Madeleine, “queda una experiencia de incomparable valor: hemos aprendido a ver los grandes acontecimientos de la historia del mundo desde

Nunca aceptará hacer del pobre, o del obrero, una “categoría”, sino que buscará al hombre, el rostro, la historia que hay dentro de cada uno

abajo, desde la perspectiva de los marginados, los sospechosos, los maltratados, los sin poder, los oprimidos, los insultados, en suma, desde la perspectiva de los que sufren. (...) El sufrimiento personal es una clave más útil, un principio más fecundo que la buena suerte personal para explorar el mundo”¹⁰.

Para Madeleine, vivir en la periferia no es encerrarse en un pequeño rincón del mundo; para ella la clave para amar el mundo entero es amar profundamente lo concreto que nos rodea, cavar en profundidad: “Es bueno pensar que a través de su pequeña raíz, muy circunscrita, las plantas están unidas a toda la tierra. (...) Estar por completo allí donde se está, es el gran secreto para estar en todas partes”¹¹. No se llega a comprender el mundo generalizando desde un sillón, sino ahondando en el lugar donde se está. Desde la periferia de Ivry, Madeleine se interesará por grandes cuestiones del mundo como la pena de muerte o la guerra.

En 1953, ante la próxima ejecución de una pareja de investigadores americanos acusados de colaborar con la URSS, declara: “Ante la desgracia de los demás, el silencio nunca es neutral; callar equivale a aprobar. Ante una ejecución, callar no significa estar en la duda, sino

estar absolutamente seguros de que un hombre debe morir. La duda, incluso la más leve, debe hablar. Una duda que permanece muda hace de nosotros unos mentirosos. Mentir es considerar, aunque solo sea a un solo hombre, como ajeno a nuestro corazón”¹. Y en 1959, en plena guerra de Argelia, acude a un acto de protesta: “Para los indiferentes, la guerra de Argelia es solo la sangre de los demás, la muerte de los demás. Yo voy para no dormir sobre la desgracia del vecino, para impedir que los demás duerman como dormiría yo”¹. Son perfectamente válidas sus palabras ante la indiferencia actual frente al drama de los refugiados o de tantas guerras olvidadas, esa “globalización de la indiferencia” que tanto condena el papa **Francisco**.

Quizás ayer la periferia era fundamentalmente geográfica, hoy se trata más bien de una periferia existencial que ha inundado todas las geografías. En el fondo, todos nos hemos vuelto más periféricos e irrelevantes en el contexto de una globalización dominada por una economía sin rostro. Sin duda, hoy igual que ayer, la periferia sigue siendo la vocación del cristiano, como el papa Francisco afirma en la *Evangelii gaudium*: “Cada cristiano y cada comunidad discernirá cuál es el camino que el Señor le pide, pero todos somos invitados a aceptar este llamado: salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio” (EG 20).

LA CALLE, ESPACIO PARA LA SANTIDAD

Madeleine se siente ante todo ‘enviada’, mandada para unir su destino al de las gentes sencillas que van y vienen en medio del bullicio, en medio de la multitud que se mueve por la ciudad: “Empieza un día más. Jesús quiere vivirlo en mí. No está encerrado. Conmigo está entre los hombres de hoy. Jesús no ha dejado de ser enviado a todas partes.

Ayuntamiento de Ivry, cuyos servicios sociales dirigió Delbrël



JEAN-MARC TREUIL

Nosotros no podemos dejar de ser en cada instante los enviados de Dios al mundo. Jesús no deja de ser enviado en nosotros, a lo largo de este día que comienza, a toda la humanidad de nuestro tiempo, de todos los tiempos, de mi ciudad y del mundo entero”⁷.

El Evangelio que iba dentro de ella la urgía a salir al encuentro de todos los pequeños. Lo explica así: “Hay lugares en los que sopla el Espíritu, pero es un Espíritu que sopla en todos los lugares. Hay personas a las que Dios toma y las coloca aparte. Hay otras a las que deja en la brecha, a las que no retira del mundo. Son gentes que hacen un trabajo ordinario, tienen un hogar corriente, o son solteros corrientes. Gentes con enfermedades y penas comunes.

Su casa y sus vestidos son como los de todos, son las personas de la vida cotidiana. Aquellos a quienes uno se encuentra en cualquier calle. Aman la puerta que se abre a la calle. Nosotros, gente de la calle, creemos con todas nuestras fuerzas que esta calle, este mundo en el que Dios nos ha puesto, es para nosotros el lugar de nuestra Santidad”¹. En estas palabras resuena con fuerza el eco de la *Carta a Diogneto*, un antiguo texto escrito entre los siglos II-III donde un cristiano responde a la curiosidad de un pagano sobre la relación de los cristianos con el mundo: “Los cristianos no se distinguen de los demás hombres ni por la nación, ni por la lengua ni por el vestido. En ningún sitio habitan ciudades propias, ni se sirven de un idioma diferente ni adoptan un género peculiar de vida. (...) Toda tierra extraña es su patria; y toda patria les resulta extraña. (...) En una palabra, lo que es el alma en el cuerpo son los cristianos en el mundo”¹¹.

No hay para Madeleine y sus compañeras tierra profana: “El Señor nos ha llamado para derramar en nosotros, por así decirlo, su corazón con todo lo que desea para el mundo entero de hoy y de mañana. Pero esto amando tiernamente lo que sucede por las calles junto a nosotras”¹.

Por ese motivo, un viejo café, una plaza, la cola para comprar el pan, un trayecto en metro... son todos lugares o situaciones oportunas, “porque el mundo no siempre es un obstáculo para orar por el mundo. Si algunos deben abandonarlo para



Madeleine escribiendo alguna de sus múltiples reflexiones

encontrarlo y alzarlo hacia el cielo, otros deben sumirse en él para alzarse, pero con él, al mismo cielo”⁷.

Madeleine encarna a la perfección esa “Iglesia en salida” que el papa Francisco pide en la *Evangelii gaudium*: “Fiel al modelo del Maestro, es vital que hoy la Iglesia salga a anunciar el Evangelio a todos, en todos los lugares, en todas las ocasiones, sin demoras, sin asco y sin miedo” (EG 23). El “Id” del Señor consiste para ella “en transformar las cercanías sin contacto en proximidades verdaderas con un verdadero prójimo, utilizando los caminos que el Señor nos preparó”³, porque “vivir como hijos de Dios en Cristo quiere decir estar con él y hablar con él; quiere decir rezar personalmente, pero quiere decir estar siempre en familia con el mundo entero, al mismo tiempo que se está en familia con Dios”¹.

ENCARNAR EL EVANGELIO

Si tuviéramos que resumir en dos palabras lo esencial de la vida de Madeleine, diríamos: “Evangelio encarnado”. Madeleine sabe bien que el Evangelio no es un libro más, es Palabra viva, es fuerza que vivifica, recrea y renueva todas las

cosas: “Cuando tengamos nuestro Evangelio en las manos, debemos pensar que en él habita el Verbo que quiere hacerse carne en nosotros, apoderarse de nosotros, para que con su corazón, insertado en el nuestro, con su espíritu unido a nuestro espíritu, reanudemos su vida en otro lugar, en otro tiempo, en otra sociedad humana”⁷.

La Palabra de Dios no es una realidad atemporal, ajena a la vida de los hombres. Está viva y es eterna porque habla en todos los tiempos, a todos los hombres y en todas las situaciones: “Nuestro tiempo en el tiempo, nuestro lugar en el mundo, esos hombres en medio de los hombres son para nosotros el rostro concreto del pueblo con el que Dios quiere establecer la alianza”³. Sí, Dios tiene un mensaje para el hombre o la mujer concretos que se cruzan con nosotros por la calle: “Las palabras de Cristo ‘no pasan’, pero nos están dirigidas personalmente en una condición humana que sí pasa. La llamada de Cristo sigue siendo la misma para los cristianos del mundo entero y de todos los tiempos. Pero cada cual es interpelado en el lugar y en el momento en que se encuentra, en su propia vida y en su propia piel”⁷.

Hay que “conectar” la Palabra de Dios con la realidad, con el “hoy” de cada persona, con el presente. Para ello hay que estar en íntimo contacto tanto con la Palabra de Dios como con la vida concreta del mundo, de las personas. Como decía el teólogo protestante Karl Barth, “el teólogo tiene que tener en una mano

**El Evangelio que iba
dentro de ella la urgía
a salir al encuentro de
todos los pequeños**

la Biblia y en la otra el periódico”. Para Madeleine este no es solo oficio de teólogos, sino de todos los que quieren encarnar la Palabra de Dios en su presente: “Los acontecimientos solo pueden ser para nosotros signos de la voluntad de Dios si los ponemos en contacto con la Palabra de Dios”⁷.

Esta sería la clave para descubrir los “signos de los tiempos” a través de los cuales Dios nos habla en el momento presente. Para el creyente, lo que ocurre en el mundo no solo tiene interés de tipo informativo: “Las noticias del mundo, sea cual sea la vía por la que nos llegan –prensa, radio, relaciones– no deben ser para nosotros meros hechos que tenemos que conocer, una especie de carteles que encuentran en nosotros un público interesado y a veces inteligente. Frente a ellas, deberíamos ser lo que somos en la ventanilla de correos, en la que vemos el reverso de los sobres sabiendo que nuestro nombre debe estar escrito en uno o varios de ellos, que cada uno puede ser un ‘asunto que nos concierne’”⁷.

Sí, al creyente “le concierne” lo que ocurre en el mundo, es lo que don **Lorenzo Milani**, sacerdote florentino también contemporáneo de Madeleine, quería expresar con el lema *I care* (*Me importa*) colgado sobre la pared de la escuela de Barbiana donde dedicó sus esfuerzos a promover a los hijos de los campesinos italianos que, por tener que trabajar, no podían ir a la escuela¹³.

Ahora bien, ¿qué espacio hay para la Palabra de Dios en medio de una vida ajetreada y difícil, dominada por horarios infernales? ¿Cuáles son los momentos o las situaciones propicias para Madeleine y sus compañeras, que decidieron hacer de la calle su monasterio, el lugar de su santidad? Es un problema muy actual del hombre contemporáneo, que corre de un lado a otro y que se lamenta de no tener tiempo ni para sí ni para la oración. La respuesta está en el silencio, pero no se trata de un silencio estrictamente exterior. Para Madeleine, el silencio se fundamenta en esta expresión: “A Dios no se le quita la palabra”⁷. Dejemos que ella lo explique: “¿De qué nos serviría encerrarnos tras unos muros que nos separasen del mundo, si tú no estarás más presente allí que en este

Ama profundamente a la Iglesia, a la que siente como la madre que da de comer el pan a sus hijos

estruendo de máquinas o en esta multitud de miles de rostros? Estar solo no es haber dejado atrás a los hombres, o haberlos abandonado; estar solo es saber que tú, Dios mío, eres grande, que solo tú eres grande, y que no hay mucha diferencia entre la inmensidad de los granos de arena y la inmensidad de las vidas humanas unidas”⁷. El silencio, para Madeleine, no es tanto ausencia de ruido cuanto, sobre todo, presencia de Dios. No es “una culebra a la que el menor ruido hace huir; es un águila de fuertes alas que se encumbra dominante sobre el alboroto de la tierra, de los hombres y del viento”³. Para alcanzar ese silencio a veces hace falta “perforar la vida”: “En nuestras vidas sin superficie y sin tiempo, en nuestras vidas sin espacio, no debemos buscar el espacio que antaño reclamaba la vida cristiana. Para la oración tenemos racionado el espacio, y ese espacio que nos falta deben sustituirlo las perforaciones. Estemos donde estemos, allí está Dios también”⁷. Perforar significaría encontrar unos “respiraderos capaces de restablecer nuestro contacto con Dios”⁷. Para Madeleine esos respiraderos podían ser “los momentos en que nos vemos

obligados a esperar –ya sea para pagar en una caja, o para que el teléfono esté libre, o para que haya sitio en el autobús–, son momentos de oración preparados para nosotros, en la medida en que nosotros estemos preparados para ellos”⁷.

Madeleine recuerda que “vivir no requiere tiempo” y, dado que “el Evangelio, sea lo que sea para nosotros, debe ser ante todo vida..., tenemos que llevar en nuestro interior las palabras del Evangelio que hemos leído, orado y tal vez estudiado, para que su luz nos ilumine y vivifique”⁷. Así, cada día que amanece podría ser una “Navidad para la tierra”: “Bendito sea este nuevo día, porque en mí Jesús quiere vivirlo de nuevo”⁷.

AMOR POR LA IGLESIA

Madeleine ama profundamente a la Iglesia, a la que siente sobre todo como madre, la madre que da de comer el pan a sus hijos: “El Evangelio sostenido por las manos de la Iglesia, el Evangelio leído como se come el pan”¹². En ella se cumple al pie de la letra la antigua afirmación de san **Cipriano de Cartago**: “Nadie puede tener a Dios por Padre si no tiene a la Iglesia por Madre” (siglo III). De hecho, el riesgo es, a veces, presentarla más como maestra que como madre que da la vida y transmite la fe: “La fe es realismo; somos nosotros quienes solemos hacer de ella una abstracción, y nos equivocamos. Hacemos de ella un arte abstracto de vivir, una teoría filosófica o un sistema de pensamiento; hacemos de ella ideas o nos hacemos una idea de ella. Ahora bien, se trata de una ciencia práctica: el *savoir-faire* de la vida, aquí y ahora. La fe es el amor de Dios comprometido en el tiempo; la fe es el compromiso temporal del amor de Dios”⁷.

Para Madeleine, la transmisión de la fe en la Iglesia debería ser algo tan natural como la vida se transmite en el seno de una familia: “Al crear la vida, Dios no creó un monumento. Creó una vida creciente, dinámica, evolutiva, agitada y fecunda. Toda vida que nace de la Palabra de



Madeleine con sus dos compañeras

Dios, palabra siempre creadora, es creciente, dinámica, evolutiva, agitada y fecunda. Es una vida destinada a la eternidad; una vida siempre 'contemporánea', inserta en la velocidad del tiempo. El crecimiento de la Iglesia está unido al crecimiento de la Palabra de Dios: acoger la Palabra de Dios, dejar que ella nos haga crecer, es participar y trabajar en el crecimiento de la Iglesia⁷. La Iglesia crece en la medida en que se alimenta de la Palabra de Dios que es palabra viva, y la Iglesia es fecunda en la medida en que ofrece el pan de la Palabra de Dios a sus hijos. Para Madeleine se trata de un proceso tan natural como la vida misma, esa naturalidad con la que Madeleine vive la fe resulta sumamente saludable y atractiva: "Para saber vivir, comer, dormir y respirar, la mayoría no empieza haciendo estudios de biología o de fisiología. La formación cristiana que necesitamos es aprender a vivir viviendo, actuando, trabajando. (...) Aprender a creer como de niños aprendimos a vivir⁷". En efecto, Jesús no dijo a sus discípulos que debían hacer un "curso de formación" antes de seguirle, sino que a todos decía: "Ven y sígueme", "venid y veréis". Surge en nosotros la pregunta: ¿no complicamos muchas veces lo que en realidad es mucho más sencillo? Con gran ironía, Madeleine afirma: "Si bien se nos pide que simplifiquemos lo que nos parece complicado, en cambio, nunca se nos pide que compliquemos lo sencillo⁷".

E insiste: "Aprendemos sobre la marcha qué es la fe y para qué sirve. Las autopsias pueden ayudar a aprender medicina, pero no pueden enseñar a vivir⁷". No podemos hablar de Dios como algo separado de la vida; de lo contrario, presentaríamos a un Dios muerto, la historia de la Iglesia se parecería a una lección de arqueología y las iglesias acabarían convertidas en viejos museos. No lo queremos porque amamos a la Iglesia como a una madre.

MISERICORDIA Y MISIÓN

Madeleine tiene claro que la Iglesia existe para el mundo: "La Iglesia siempre tenderá hacia el mundo. No tiene necesidad de él para cumplir su misión, pero sin él no tendría misión. El mundo es como la paja y la Iglesia como la llama³". El carácter misionero



Edificio de Ivry (rue Raspail, 11) donde se estableció con sus compañeras y sede actual de la Asociación de Amigos de Madeleine Delbrêl en Francia

es intrínseco a la Iglesia. Pero, ¿en qué consiste esa misión? "La fe no hace de nosotros superhombres, genios o héroes, no nos hace 'mejores' que los demás, mejores organizadores, constructores o pensadores... La fe no nos libera de ninguna obligación humana, sino que nos encomienda la misión de introducir en el mundo el amor mismo de Dios con medios humanos, con maneras de ser humanas: las de Cristo⁷".

Introducir en el mundo el amor de Dios, esa es la auténtica misión de la Iglesia, su razón de ser. Por eso misericordia y misión van necesariamente unidas: "La caridad es nuestra vida haciéndose vida eterna. La caridad es tan gratuita como necesaria. Todo puede servir a la caridad. Sin ella todo es estéril, y



San Pedro y San Pablo, su parroquia en Ivry

en primer lugar nosotros mismos⁷". Madeleine compara la misericordia con un fuego, el fuego del amor de Dios que arde pero necesita de la masa de nuestros corazones para poder "servir, salvar y amar": "Lo mismo que hacen falta crisoles sólidos para contener el metal fundido, todo él poseído y trabajado por el fuego, Dios necesita corazones sólidos¹⁴".

"A través de los hermanos próximos a los que él nos hará servir, amar y salvar, las oleadas de su caridad partirán hasta el fin del mundo, irán hasta el fin de los tiempos⁷". ¿Quiénes son esos 'hermanos próximos' para Madeleine? No son solo los hombres y mujeres de Ivry oprimidos por una vida miserable, son también todos esos hombres y mujeres que sufren la miseria de una vida sin Dios. Madeleine observa con tristeza cómo la clase obrera se aleja cada vez más de la Iglesia, una preocupación que dolorosamente palpitaba en el corazón del cardenal **Suhard**, arzobispo de París, cuya muerte en 1949 ella sintió profundamente. Como respuesta a esta situación, en su carta pastoral *Auge o decadencia de la Iglesia* (1947), el cardenal parisino concluye que el esfuerzo de todo cristiano "no consistirá, pues, solo en reclutar, en 'hacer venir hacia él a los incrédulos', sino más bien, y sobre todo, en mezclarse con ellos para salvarlos¹⁵", como la levadura que fermenta la masa. Esa era la experiencia que ya se estaba viviendo desde el seminario de la misión de Francia, donde Madeleine compartió numerosos momentos de reflexión.

Madeleine hace autocrítica de la situación: "Yo creo que el comunismo

MADELEINE DELBRÊL

es el producto de un cristianismo traicionado por nosotros. En algunas naciones, muchas personas han visto el comunismo como una posible realización de una respuesta del corazón humano: la esperanza de los pobres. Pero nosotros hemos olvidado y prácticamente despreciado esa esperanza... Hemos olvidado que la pobreza no es una especie de privilegio fatal concedido a algunos para asegurarles el reino de los cielos. (...) Hemos olvidado a los pobres y los hemos considerado hermanos alejados con los que nos encontraríamos en la vida eterna. El corazón de los pobres esperaba este Evangelio. Y cuando los comunistas alzaron la voz, los pobres creyeron que era la Buena Nueva”⁷.

Nunca se debe traicionar la esperanza de los pobres. Madeleine recuerda: “El mundo se retuerce con dolores casi infinitos. A la Iglesia le toca cuidarlo”¹⁴. Hay una gran sintonía entre esas palabras y las del papa Francisco, que asemeja la Iglesia a un hospital de campaña al que llega la gente herida pidiendo cercanía. Pero Madeleine advierte también: “Hablemos claro: que un médico, que una enfermera, que una trabajadora social no se contenten con ese trabajo correcto que los encuadra en la categoría de personas honradas y competentes. Hay que encontrar el rostro de Cristo con toda su intensidad. Hace falta una misericordia revolucionaria en esta misericordia de burocracia y término medio”¹⁴. No debemos “burocratizar” la misericordia. Cuando eso ocurre, prevalecen los perfiles, los programas, los objetivos y los procesos, y se pierde la centralidad de la misericordia: que es el hombre, el hombre al completo, ese hombre desfigurado, maltratado por la vida como el hombre de la parábola del buen samaritano, a quien hay que devolver la salud, el consuelo y la dignidad. La Iglesia no es una ONG más en medio de muchas otras, ni una agencia de voluntariado católico; para ella los pobres son “nuestros señores los pobres, porque el pobre es Nuestro Señor”⁷.

Sin duda, Madeleine se habría regocijado con el Año Santo de la Misericordia: “La Iglesia es como una madre ansiosa a la puerta de un hospital donde unos extraños



Inauguración, el pasado 11 de octubre, del renovado edificio de rue Raspail, 11

cuidan a sus hijos. (...) Lo que espera de nosotros es poder sentarse en todas esas cabeceras a través nuestro. A través de los siglos, la misericordia fue a menudo la señal por la que la gente le reconoció; mostrémosla sin retoques: nuestro tiempo la reconocerá”¹⁴.

LA GRACIA

En una poesía-oración, Madeleine reza: “Haznos vivir nuestra vida, no como un juego de ajedrez en el que todo se calcula, no como un partido en el que todo es difícil, no como un teorema que nos rompe la cabeza, sino como una fiesta sin fin donde se renueva el encuentro contigo, como un baile, como una danza, entre los brazos de tu gracia, con la música universal del amor”³.

No queremos terminar este recorrido con Madeleine Delbrêl sin

mencionar otro aspecto de su vida: la confianza en la gracia. Ante todo y por encima de todo, ella es consciente de que la vida está en manos de Dios y de que “vivir la vida significa volver a las fuentes y desde allí seguir el curso del agua hasta el mar”⁶. Y en ese trayecto “te niegas a darnos un mapa de carreteras. Hacemos el camino de noche. A menudo, lo único garantizado es ese puntual cansancio del mismo trabajo que hay que repetir cada día, de la misma limpieza que recomenzar, de los mismos defectos que hay que corregir, de las mismas tonterías que hay que evitar. Pero aparte de esta garantía, todo lo demás depende de tu fantasía”⁷.

Acabamos aquí nuestro recorrido con Madeleine Delbrêl, testigo del Evangelio en tiempos de incertidumbre. En cierta ocasión, hablando precisamente de testigos, dijo: “No somos los primeros en tener que estrenar, en tanto que cristianos, un ‘tiempo nuevo’. Otros, antes que nosotros, han tenido que caminar por suelos desconocidos sin poder imitar a un precursor, un camarada, pero Dios sigue siendo Padre y no nos prueba para hacernos caer en la tentación. Si es necesario, nos envía guías... y la gracia de reconocerlos”². Madeleine es para nosotros uno de esos testigos. Así la reconocemos. En ella resuena lo antiguo y lo nuevo, lo eterno del Evangelio, siempre joven.

Referencias bibliográficas

1. Cf. François, G. y Pitaud, B., *Madeleine Delbrêl. Biografía de una mística tra poesía e impegno sociale*. EDB, Bologna, 2014.
2. Cf. Elizondo, F., “Madeleine Delbrêl (1904-1964): El evangelio en un ambiente de ‘descristianización’”, en *Las mujeres en el cristianismo*. Sal Terrae, Santander, 2012.
3. Delbrêl, M., *Nosotros, gente común y corriente*. Grupo Editorial Lumen, Buenos Aires, 2008.
4. Fagioli, A., “Barsotti e Luzi, un inno alla vita”, en *Toscana Oggi*, 15 de abril de 2004.
5. Standing, G., *A precariat charter*. Bloomsbury, London, 2014.
6. Debrêl, M., “Madeleine Delbrêl. Professione assistente sociale”. *Opera omnia*, vol. 3. Gribaudo, Milano, 2009.
7. Delbrêl, M., *La alegría de creer*. Sal Terrae, Santander, 1997.
8. Cf. Rodier, J., “Madeleine Delbrêl. Por las calles del evangelio”, en *Pliego de revista Vida Nueva*, nº 2.540 (4 de noviembre de 2006).
9. United Nations, *World Urbanization Prospects: The 2009 Revision*. Department of Economic and Social Affairs, New York, 2010.
10. Bonhoeffer, D., *Escritos esenciales*. Sal Terrae, Santander, 2001, pp. 150-151.
11. “Carta a Diogneto”, en *Padres Apostólicos*. Biblioteca de Patrística, Ciudad Nueva, Madrid, 2000, pp. 560-561.
12. Loew, J., *Vivir el Evangelio con Madeleine Delbrêl*. Sal Terrae, Santander, 1997, p. 100.
13. Espigares, T., *Lorenzo Milani*. Editorial CCS, Madrid, 1995.
14. François, G. y Pitaud, B., *El bello escándalo de la caridad. La misericordia según Madeleine Delbrêl*. Narcea Ediciones, Madrid, 2016.
15. Suhard, E. C., *Dios, Iglesia, Sacerdocio. Tres pastorales*. Editorial Patmos, Madrid, 1963, p. 111.

Conversaciones con es una colección de PPC cuya finalidad es invitar al conocimiento profundo de aquellas personas que, bebiendo de las fuentes del Concilio Vaticano II, han desplegado a lo largo de los años su impulso humanizador, evangelizador y teológico.



Marciano Vidal García

es sin duda uno de los moralistas más importantes en lengua española.

Es sacerdote y pertenece a la Congregación del Santísimo Redentor (redentoristas).

Ha sido profesor ordinario en la Universidad Pontificia Comillas (Madrid) y en el Instituto Superior de Ciencias Morales (Madrid), y profesor extraordinario en la Academia Alfonsiana (Roma).

Ha dedicado una intensa actividad a la renovación de la moral católica según el Concilio Vaticano II.



DE LA MISMA COLECCIÓN

- *Conversaciones con José Ignacio González Faus*

A cargo de Javier Vitoria

248 pp., 15 €

Esta obra refleja «la mirada cariñosa de un pesimista»; la mirada de fe de González Faus sobre la realidad.

CONVERSACIONES CON MARCIANO VIDAL

A cargo de José Manuel Caamaño

Esta "conversación con" Marciano Vidal supone un paseo por toda la renovación de la teología moral que trajo consigo el Concilio Vaticano II. Más allá de su trayectoria y referencias personales, la obra repasa los grandes retos de la moral católica en nuestra época, sin rehuir las cuestiones que se les plantean a los moralistas. Quien conversa con él, José Manuel Caamaño, es también un reconocido moralista, director de la Cátedra de Ciencia, Tecnología y Religión de ICAI de Comillas.

/ MAIL: buzonppc@ppc-editorial.com



EN

www.ppc-editorial.es